

COMPLEMENTO
COMEDIA EN CUATRO ACTOS ORIGINAL
DE RAFAEL GUIZADO

Personajes:

Complemento
Clara
Antonio
Alicia (madre de Clara)
Elvira
Blanca
Don Joaquín (padre de Clara)

ACTO I

Un parque. Árboles, avenidas. En el centro un escaño doble, en la parte que da hacia el frente, Clara y Antonio, sentados. En la parte de atrás, Complemento, acostado; no se le ve hasta que se levanta en la segunda escena.

ANTONIO.—Dentro de pocos días presentaré renuncia; ya estoy decidido. Debes comprender que no puedo seguir viviendo en este anonimato; no puedo seguir siendo uno del montón, un empleadillo de tres al cuarto. Tengo fuerzas suficientes para luchar, para ser alguien; sólo me hacía falta una ocasión y la he encontrado.

CLARA.—Quizás llevas demasiada prisa, sería mejor...

ANTONIO.—Lo que verdaderamente me desconcierta es tu actitud; deberías estimularme, darme ánimo...

CLARA.—Antonio, recuerda que ya en otras ocasiones has intentado esa clase de aventuras y te quedaste siempre sin trabajo y sin nada.

ANTONIO.—No creas que me arrepiento; al contrario, tengo una experiencia que ahora voy a aprovechar.

CLARA.—Y... tendremos que aplazar la boda...

Visite: www.museartes.net/guizado

ANTONIO.—Por muy poco tiempo... En cambio, podré ofrecerte mucho más de lo que te daría en las actuales circunstancias.

CLARA.—Pero si yo no pido nada.

ANTONIO.—Mereces todo en la vida.

CLARA.—De manera que...

ANTONIO.—El asunto está casi arreglado. El señor Calvo tiene disponible el capital que se necesita para la empresa; es un hombre rico... y mi proyecto lo ha entusiasmado. Naturalmente, en los primeros días habrá dificultades. Pero después... Por los cálculos que he hecho, al cabo de treinta días la fábrica empezará a producir, y en seis meses el artículo habrá desalojado a los extranjeros.

CLARA.—No fumes tanto...

ANTONIO.—Estoy muy entusiasmado. Te imaginas lo que va a ser mi vida. Mi nombre en todos los labios; una reputación de hombre de empresa... Seré el centro de la actividad financiera. Y vendrá la felicidad, porque seré alguien, alguien...

CLARA.—Y yo estaré orgullosa de ti...

ANTONIO.—Gracias, amor mío.

CLARA.—Y me querrás entonces, como ahora...

ANTONIO.—Más, mucho más...

CLARA (Transición).—Antonio, tengo miedo...

ANTONIO.—¿De qué?

CLARA.—No sé... de ese porvenir tan brillante, tan inesperado... No puedo imaginármelo porque me ciega... y porque es como una vida nueva en la que me sentiría como una extraña, sin saber hasta dónde será posible que me adapte a ella.

ANTONIO.—Qué preocupación más absurda... Todo te parecerá natural y fácil...

CLARA.—Antonio, reflexiona... ¿No sería mejor esperar...?

ANTONIO.—¿Qué?

CLARA.—Talvez conmigo a tu lado, para ayudarte y sostenerte...

ANTONIO.—Pero ¿no ves que la ocasión se presenta ahora? Si dejo ir al señor Calvo, ¿quién me garantiza que mañana habrá otra persona capacitada económicamente para financiar el negocio y que tenga fe en él? No, te lo ruego, no discutamos más ese asunto; hace un momento había logrado infundirte un poco de mi optimismo... y ahora... Yo quisiera que fueras como Blanca, una verdadera animadora, que participa de la ambición de su novio, y hasta de la mía. ¿No la has visto cómo incita a Ricardo a emprender nuevas cosas, a buscar ocasiones de surgir?... Y a mí, ¿cuántas veces no me ha aconsejado, con verdadero calor, que continúe en esta empresa, que abandone la oficina y me lance a

los negocios arriesgados pero productivos?... ¿Por qué no participas de esa fe?

CLARA.—Mi temperamento es muy distinto...

ANTONIO.—¿No crees en mí?

CLARA.—Bien sabes que sí... pero te quiero demasiado para aceptar que te expongas de esa manera...

ANTONIO.—Tengo suficiente vigor para arrostrar todas las dificultades...

CLARA.—Dios permita que salgas con bien...

ANTONIO.—Puedes estar segura. Y ahora, debo dejarte, Clarita; es el momento de la cita con Calvo... ¿Quieres que te lleve hasta la casa?

CLARA.—No, déjame aquí otro rato...

ANTONIO.—Mañana iré temprano... Adiós...

CLARA.—Hasta mañana; quíreme mucho...

(Sale Antonio. Clara se queda pensativa, mirando al vacío, en un ensimismamiento absoluto. Poco a poco, del asiento posterior se levanta Complemento, hinca una rodilla e inclinándose hacia adelante, con las manos apoyadas en el espaldar de la banca, dice suavemente, casi al oído de Clara...)

COMPLEMENTO.—Si pensara un poco más en usted... y menos en él mismo...

CLARA (como si la voz le fuera familiar).—Sí... (Reaccionando) Eh, ¿qué es eso, quién es usted?

COMPLEMENTO (siempre con suavidad).—No se asuste, señorita, soy un amigo, un viejo amigo suyo.

CLARA.—¿Un amigo?

COMPLEMENTO.—Sí, usted no me recuerda... Tengo una cara tan igual a la de las personas que nadie conoce... que es comprensible su extrañeza.

CLARA.—Perdóneme, señor, pero...

COMPLEMENTO.—No nos vemos desde hace muchos años... Cuando usted era pequeña, no nos separábamos casi nunca, jugábamos juntos día y noche...

CLARA.—Entonces ¿usted es Juan...?

COMPLEMENTO.—No, señorita.

CLARA.—Cuando yo era pequeña, tenía un amiguito que se llamaba Juan, y jugaba con él todos los días...

COMPLEMENTO.—Sí, sí, con Juan y conmigo...

CLARA.—¿Ah...?

COMPLEMENTO.—Sí. Usted tenía un aro grande, y lo hacía

rodar por la avenida y yo le daba más impulso para que usted corriera y sus piernecitas se le robustecieran... entonces yo era: el declive de la calle. Usted tenía una muñeca de cartón, la desvestía y la vestía continuamente, y para que estuviera siempre limpia, la hundía en la alberca del patio... yo era el agua cristalina. ¿Recuerda aquella caída por inquieta, por querer colgarse del hilo frágil en donde lucía la ropa mojada?... Pero no fue grave... yo era el mullido césped que amortiguó el golpe...

CLARA.—Señor...

COMPLEMENTO.—¿No recuerda?

CLARA.—Pero...

COMPLEMENTO (cada vez más persuasivo).—Lloró mucho, desde luego por el susto, porque en realidad no le dolía.

CLARA (ya convencida).—Sí, fue del susto... De miedo al regaño de mamá.

COMPLEMENTO.—Ah, el regaño... Pero yo llegué a tiempo... Esa vez iba muy disfrazado... de carbonero. —Mi señora, ¿compra carbón? —¿A cómo lo da? —Pues a cinco pesos la carga —No, es muy caro... y seguimos discutiendo... y su mamá se olvidó del regaño...

CLARA.—Sí, sí. (Riendo.) Se le olvidó...

(Ríen ambos.—Pausa.)

COMPLEMENTO (de nuevo con el primer tono de voz).—Y ahora... si él pensara más en usted y menos en sí mismo...

CLARA.—Sí... (Bruscamente.) Pero señor, ¿usted quién es?...

COMPLEMENTO (viene a sentarse a su lado).—¿Yo?... Me va usted a obligar a presentarme. Señorita, ¡yo soy Complemento!

CLARA.—¿Qué?

COMPLEMENTO.—Complemento.

(Clara ríe a carcajadas. Complemento empieza a reír también, primero poco, luego a carcajadas, como ella.)

CLARA (riendo).—Complemento...

COMPLEMENTO (espera a que ella acabe de reír y luego):—Siga usted riendo... ¿Nunca le han dicho que lo hace como un ángel?

CLARA.—Mil gracias... (Decidida.) Yo soy una persona muy seria, y... no puedo hablar así, en un lugar público, con gente que no conozco.

COMPLEMENTO.—¿No me conoce? Y... nuestra historia de infancia?

CLARA.—Es verdad, ¿cómo la sabe?

COMPLEMENTO.—Señorita, ¿cómo se llama usted?

CLARA.—Clara.

COMPLEMENTO.—Naturalmente, Clara, no podía llamarse de otra manera... con esa mirada de luz... Clara: ¿no ha pensado usted nunca en que todas las niñas han tenido muñecas de cartón, han jugado al aro... se han caído al pretender alcanzar las cuerdas en donde se extiende la ropa?

CLARA (desconcertada).—No me conocía...

COMPLEMENTO.—Sí... como a todas las niñas.

CLARA (seria).—¿Por qué se burla de mí?

COMPLEMENTO.—¿Yo? Qué ofensa...

CLARA (bruscamente).—Adiós, señor.

COMPLEMENTO.—¿Se va? ¿Por qué?

CLARA.—No me lo debía preguntar.

COMPLEMENTO (en tono de súplica).—No se vaya, se lo ruego, deseo decirle algo muy importante.

CLARA.—Pero, por Dios, ¿quién es usted?

COMPLEMENTO.—¿Me promete no reírse?

CLARA.—Sí.

COMPLEMENTO.—Yo soy... Complemento...

CLARA.—¿Otra vez!

COMPLEMENTO.—Todas las veces, a cualquier hora, yo soy Complemento. Desde luego, ése no es mi nombre de pila. Pero quienes me conocen me llaman así, y a mí me gusta tanto el nombre, que si no fuera por las mil dificultades que impone su legalización, ya lo habría adoptado.

CLARA.—Bueno, señor... Complemento, ¿y qué hace usted?

COMPLEMENTO.—Complementar, señorita.

CLARA.—Sigue burlándose...

COMPLEMENTO.—Le digo la verdad. Mi oficio es ése, ser lo que no son los demás. Solo, de nada sirvo y nada valgo; pero a la sombra de otros, soy indispensable, utilísimo, irremplazable. ¿Quiere usted hacerme un favor, uno solo?

CLARA.—Con mucho gusto.

COMPLEMENTO.—Permítame ayudarla...

CLARA.—¿En qué?

COMPLEMENTO.—En los apuros amorosos que ahora sufre.

CLARA.—¿Oyó usted mi conversación con Antonio?

COMPLEMENTO.—Sí. Oh, al principio fue sin querer, se lo aseguro; pero después, me sentí obligado... mi deber me imponía la más acuciosa atención. Por lo demás, estoy acostumbrado a oír todo lo que no se debe...

CLARA.—Bonito oficio...

COMPLEMENTO.—Pero tan útil... Si no fuera por mí, ¡cuán-

tas desgracias habrían sucedido! Soy el menor de una familia de cinco hijos. ¡Usted no sabe lo que eso significa!

CLARA.—Sus padres pasarían muchos trabajos...

COMPLEMENTO.—No; después del tercer año, ya los padres se resignan a los demás... es cuestión de costumbre. Pero ¡ser el quinto! Todos los juegos de niños, exigen un número impar, para que las fuerzas no estén equilibradas y la justicia se escurra como ahuyentada por las arbitrariedades de la inocencia. Mis cuatro hermanos vieron siempre en mí como un regalo que el cielo les enviaba para ser: el otro, en los juegos; el indispensable, en las travesuras; la víctima, en las faltas; el consuelo, en las disculpas. Y poco a poco fui habituándome a ser complemento. Cada uno de ellos me necesitaba, era incompleto sin mí... Más tarde hube de escoger una profesión, y naturalmente abracé aquella que estaba más de acuerdo con mi destino...

CLARA.—Ya sé, estudió medicina...

COMPLEMENTO.—No, señorita, me hice tipógrafo.

CLARA (desencantada).—¡Ah!

COMPLEMENTO.—No comprende, es una chiquilla. El Tipógrafo, Clara, es el hombre que debe interpretar, corregir, disminuir, suavizar, matizar, aclarar el pensamiento de los demás. Desde la niña que escribe una composición de retórica y la premian publicándosela en la revista del colegio, hasta el estadista, el pensador o el financista que arroja a la prensa el caudal de sus conocimientos, todos tienen que pasar por los dedos inteligentes y sensibles del tipógrafo, y éste ha de palparles la idea, como un objeto rugoso y burdo, y suavizarla, pulirla, ¡com-ple-men-tar-la!

CLARA.—Son muy brutos, ¿verdad?

COMPLEMENTO.—Son incompletos...

CLARA.—¿Sí?

COMPLEMENTO.—Incompletos, como Antonio, su novio, como usted, como todos nosotros.

CLARA.—¿Usted también?

COMPLEMENTO.—Yo más que nadie. Los demás tienen el consuelo de mi ayuda; pero yo... ya se lo he dicho, nada valgo solo... (Media pausa.—Precipitadamente).—¿Me permite usted que la ayude?

CLARA.—¿A qué?

COMPLEMENTO.—A reconquistar a su novio, que se le ha ido detrás de una vulgar químera económica.

CLARA.—¿Por qué haría eso?

COMPLEMENTO.—Por egoísmo, señorita. Cuando uno se ha

acostumbrado a ser indispensable, no puede resignarse a que haya quien no lo necesite.

CLARA.—¿De qué manera me va a ayudar?

COMPLEMENTO.—...Es... muy difícil explicárselo; lo indispensable es que usted acepte. Le prometo un éxito rotundo; si quiere, puedo mostrarle certificados muy numerosos y brillantes; mire éste, de un senador: estaba casi derrotado y yo logré su elección; vea lo que dice: "Gracias a Complemento, obtuve el mayor triunfo de mi vida: que el pueblo reconociera mis méritos y me eligiera su vocero en el senado de la república." Bonito, ¿verdad?... Y éste, de una maestra rural: "Como el rocío para la flor, Complemento ha sido para mi alma el supremo bien." No vaya a pensar nada feo, se trataba únicamente de que el Inspector de primeras letras rindiera un informe favorable. Y éste, y éste...

CLARA.—Sí, ya veo, no le faltan recomendaciones.

COMPLEMENTO.—En casa tengo más, se las puedo traer... ¿Me toma a su servicio?

CLARA.—Pero...

COMPLEMENTO.—Todavía no está convencida... Sacaré otras recomendaciones. No; le pido que me ponga a prueba. Es lo mejor.

CLARA.—¿De qué manera?

COMPLEMENTO.—Hm... (Pensando). Si le enseño un método para lograr que su novio vuelva a la realidad, a la dura realidad de la vida, cuando se remonta a cielos mentirosos, ¿me creerá?

CLARA.—¿Cuál es el método?

COMPLEMENTO.—A usted le gusta cantar, ¿verdad?

CLARA.—Sí; pero tengo una voz muy fea.

COMPLEMENTO.—Mejor.

CLARA.—¿Cómo?

COMPLEMENTO.—Mejor. Conoce algunas canciones de moda, sin duda.

CLARA.—Sí, algunas...

COMPLEMENTO.—Muy populares, de las que componen los músicos mascando goma. Pues bien, cuando Antonio esté en trance de grandeza, póngase a canturrear, distraídamente, uno de esos aires... ya verá el resultado... es infalible, no hay como las melodías vulgares para sentir el peso del afán diario y lo irremediable de la condición humana.

CLARA.—Una canción muy popular, como ésta? (Canturrea.)

COMPLEMENTO.—Exactamente, haga el ensayo y me avisa.

CLARA.—¿Cree que así... volveré a recuperarlo?

COMPLEMENTO.—Le ruego no confundirme con un santo —para hacer milagros— ni con un vendedor de específicos —para la curación rápida—. Le doy un método de acción inmediata, como

estimulante. Pero el enfermo requiere un tratamiento largo para extirpar radicalmente el mal.

CLARA.—¿Ya ve que si es médico...?

COMPLEMENTO.—No... pero he levantado en tipos tantas obras de medicina... Y ahora, dígame: ¿hará usted la prueba?

CLARA.—Sí... (Pausa.) Señor Complemento: ¿cuánto costaría ese trabajo?

COMPLEMENTO.—¿El mío? Si no fuera usted tan bella, se lo haría gratuitamente. Pero podría acarrearle complicaciones sentimentales que debo alejar por medio del estipendio... ¿Le parece bien... cinco centavos mensuales?

CLARA.—¿Y va a durar meses?

COMPLEMENTO.—No. Si dura quince días, por ejemplo, me paga usted dos centavos y medio.

CLARA.—Es barato.

COMPLEMENTO.—Error, error. Hay que agregarle la alimentación, la cama y el lavado de ropa.

CLARA.—¿Para quién?

COMPLEMENTO.—Para mí. Tengo que vivir en su casa durante unos días, es indispensable.

CLARA.—¿Cómo se le ocurre!

COMPLEMENTO.—Le repito: es indispensable. Busquemos la manera... Usted tiene un hermano, ¿no es cierto?

CLARA.—Ricardo.

COMPLEMENTO.—Eso es, Ricardo; fuimos grandes amigos en el colegio... y cuando nos separamos, era tanto el cariño que nos unía, que continuamos escribiéndonos...

CLARA.—Entonces usted es Enrique Gutiérrez.

COMPLEMENTO.—¿Conoce usted a Enrique Gutiérrez, lo conoce en su casa alguien que no sea su hermano?

CLARA.—No, pero Ricardo nos ha hablado mucho de él.

COMPLEMENTO.—¿Y Ricardo en dónde está ahora?

CLARA.—En el campo; vuelve el mes entrante.

COMPLEMENTO.—Entonces, soy Enrique Gutiérrez.

CLARA.—¿Cómo... "entonces"...?

COMPLEMENTO.—Sí, señorita. Dadas las felices circunstancias que usted anota, que nadie en su casa conoce a ese caballero, que es el amigo de su hermano y que éste se encuentra ausente, estoy obligado a ser Enrique Gutiérrez.

CLARA.—¿Qué cosas dice!

COMPLEMENTO.—Supongo que se tratará de un sujeto correcto, educado, sin vicios... Recuerde que gozo de una reputación muy respetable.

CLARA.—Por favor, señor, explíquese.

COMPLEMENTO.—Imposible. Soy Enrique Gutiérrez. Ricardo me escribió invitándome a venir a su casa...

CLARA.—Sí, él cada rato lo invita...

COMPLEMENTO.—Pero no había podido aceptar porque soy un hombre muy ocupado...

CLARA.—Parece que tiene usted mucha clientela, y cuantiosos pleitos.

COMPLEMENTO.—Soy abogado de grandes compañías... Y, como le decía, por esa causa había tenido que declinar la invitación; pero ahora, aprovechando unas vacaciones —muy merecidas— he resuelto venir. Le envié un telegrama a Ricardo, pero con el servicio de telégrafos no se puede contar... seguramente no llegó a sus manos.

CLARA.—No, él no ha recibido nada, de lo contrario...

COMPLEMENTO.—Naturalmente, de lo contrario no se habría ido... Bueno, ya que estoy aquí, ustedes insistirán en que me quede, ¿no es cierto?

CLARA.—Sí, sí, y le avisaremos a Ricardo.

COMPLEMENTO.—Pero Clarita, ¿no se da cuenta? Yo soy Complemento para usted, y para los de su casa...

CLARA.—¡Ah! Ya comprendo; como habla en un tono tan serio, uno no sabe cuándo está inventando y cuándo dice la verdad.

COMPLEMENTO.—Bravo. Ya va usted entendiéndome. Soy una cuña entre lo serio y lo risible, para evitar que lo uno se vuelva trágico y lo otro grotesco.

CLARA (inesperadamente).—Señor Complemento, estoy dispuesta a contratarlo.

COMPLEMENTO.—No.

CLARA.—Sí, sí.

COMPLEMENTO.—No. La aventura es demasiado trascendental para que se base en un impulso irreflexivo. Piénselo bien, medítelo.

CLARA.—Hace un momento me suplicaba...

COMPLEMENTO.—Señorita, estoy en mi papel: cuando usted estaba indecisa, yo debía inculcarle ánimo. Ahora que es impetuosa debo predicarle la calma.

CLARA.—¡Ah! (Pausa.)

COMPLEMENTO.—Enrique Gutiérrez. Estaré bien en ese personaje. Seré el amigo de Ricardo... y mis relaciones con la familia tendrán ese tinte diáfano de una amistad ligada de antemano, gracias al buen decir de un muchacho entusiasta. ¿Qué le hablaba su hermano de mí?

CLARA.—¿De usted? Pero sí no lo conoce.

COMPLEMENTO.—Olvida que soy Enrique Gutiérrez.

CLARA.—¡Ah! nos cuenta siempre sus travesuras de colegio; su desaplicación. Usted era terrible, y...

COMPLEMENTO.—No reviva en mi memoria esa época tan dura... Cuánto sufrí con Enrique: mil veces fui el chirrido de la puerta que le anunció la llegada del Inspector; la muchacha pizpireta que alocó la cabeza del maestro y lo obligó a ser benévolo en los exámenes; la fiebre benigna pero persistente que le permitió gozar de vacaciones extraordinarias... Es duro buscar disculpa a las faltas de un colegial... son tan ingenuas, que nadie puede perdonarlas. El hombre es piadoso para la maldad, e inclemente contra las travesuras.

(Pausa.)

CLARA (suspirando).—¡Cuánto tiempo hemos hablado!...

COMPLEMENTO.—Ya somos viejos amigos, esta vez en serio.

CLARA.—Sí, usted me es muy simpático...

COMPLEMENTO.—Gracias. Ahora repítame lo que me dijo antes; ¿me toma a su servicio?

CLARA.—Sí, Enrique.

COMPLEMENTO.—Cómo va a ponerse de triste Ricardo, cuando sepa que estuve aquí y no pudo verme.

CLARA.—¡Pobre!

COMPLEMENTO.—Llego en el tren de la mañana, no se le olvide; ¡qué sorpresa tan grande y qué afán! Hay que correr a arreglar la casa, a comprar flores, a preparar el cuarto de huéspedes...

CLARA.—Yo estaré en vestido de mañana...

COMPLEMENTO.—Sin arreglar... es tan temprano...

CLARA.—¿Sin pintura?

COMPLEMENTO.—Es indispensable.

CLARA.—¿Y Antonio?

COMPLEMENTO.—¿A qué horas debe ir a verla?

CLARA.—A las cinco.

COMPLEMENTO.—Me lo presentará usted...

CLARA.—Con mucho gusto... es adorable, ¿verdad?

COMPLEMENTO.—Hm... es un buen muchacho.

CLARA.—Y me quiere...

COMPLEMENTO.—Más la querrá después...

CLARA.—Es tan noble, tan bueno, tan sencillo.

COMPLEMENTO.—¿Sí? Qué complicado...

CLARA.—¿Cómo?

COMPLEMENTO.—Hablo... Profesionalmente...

CLARA.—A su lado me siento muy feliz...

COMPLEMENTO.—¿Habla usted todavía de Antonio?

CLARA.—¡Naturalmente!

COMPLEMENTO.—Sí, sí, naturalmente.

CLARA.—Es un hombre perfecto...

COMPLEMENTO.—¿Quiere decir que estoy de más?

CLARA.—De ninguna manera...

COMPLEMENTO (dádivoso).—Siga soñando...

CLARA.—Qué suavidad en la voz, qué dulzura en la mirada... Su inteligencia es asombrosa, será grande, todos lo admirarán, y yo seré feliz a su lado... con cuánto orgullo iré de su brazo, como una reina... (Complemento ha empezado a silbar un aire vulgar.) ¡Ah! ¿por qué silba usted eso?

COMPLEMENTO.—Ya viene la oscuridad, el parque se llena de gente; los enamorados pasean antes de que la noche caiga... Mire las nodrizas que llevan presurosas a sus chiquillos porque puede hacerles mal el sereno próximo; los mocitos juguetones regresan de clase y han escogido el camino más largo para llegar al internado hogareño... A estas horas, la ciudad respira por los pulmones del parque...

(Lentamente un murmullo de voces se percibe, sin que se distinga conversación alguna; gritos de niños, y, aisladas, voces de distintos tonos, en escala descendente; muy lejanas, algunas notas de instrumentos de viento.)

Una mujer sueña... usted... Asómese al balcón de este instante... es un espectáculo sublime... la vida, en retazos, se hilvana gracias al hilo sutil de la conformidad... Es uno de los momentos tristes para mí... Nadie está descontento... nadie me necesita...

CLARA.—Yo...

COMPLEMENTO.—Ahora no, después... cuando recobre el bien de la angustia.

CLARA.—Antonio...

COMPLEMENTO.—Sí, llámelo... crea en él... espere en mí... Continúe en estado de amor... El estado de amor es como el estado de gracia, exige un acto de fe y un milagro de esperanza...

(Los ruidos aumentan un segundo, y luego disminuyen rápidamente.)

...Si pensara menos en sí mismo... y más en usted...

CLARA.—Le quiero tanto...

COMPLEMENTO.—¿Siempre a él?

CLARA.—Sí, a él.

COMPLEMENTO.—Enrique Gutiérrez llega en el primer tren de la mañana... procure olvidarlo.

CLARA.—¿Olvidarlo?

COMPLEMENTO.—Sí, la sorprenderá... sin pintura... Clarita: ¿cómo se llaman sus padres?

CLARA.—Joaquín y Alicia.

COMPLEMENTO.—¿Y el apellido?

CLARA.—Bermúdez.

COMPLEMENTO.—Gracias. Hasta mañana muy temprano...

¿En dónde vive usted?

CLARA.—Calle Mayor, número quince.

COMPLEMENTO.—Cerca de aquí. Adiós.

CLARA.—¿Se va?

COMPLEMENTO.—No, usted.

CLARA.—Todavía no.

COMPLEMENTO.—Calle Mayor, número quince. Corra, la señora Alicia estará inquieta...

CLARA.—Pero...

COMPLEMENTO.—Don Joaquín ha vuelto del trabajo; en este momento está sentado en su butaca preferida, leyendo la prensa vespertina... Ha preguntado por Clarita.

CLARA.—Sí, seguramente...

COMPLEMENTO.—Corra, corra; qué dirán las vecinas si la ven llegar sola, tan tarde...

CLARA.—¡Ay, sí!...

COMPLEMENTO.—¿No está oyendo?... el silencio viene hacia acá... como un malhechor...

CLARA.—Me voy...

COMPLEMENTO.—En la esquina encontrará un vigilante; saludelo con gentileza, para que sus ojos la acompañen por la calle oscura...

CLARA.—Hasta mañana, Enrique...

COMPLEMENTO.—Hasta mañana...

(Sale Clara. Complemento bosteza, encoge el cuerpo como defendiéndose del frío y...)

¡Ah! será la última noche... ¿Por qué las autoridades municipales no pondrán en estas bancas cojines mullidos?... Se duerme mal, pero muy mal...

Telón.

Acto II

Sala en casa de los Bermúdez. Al iniciarse el acto, Complemento, sentado en una silla, lee un periódico. Entra Clarita.

Han pasado cuatro días después de la cena del parque.

CLARA.—¿Cuánto tiempo va a durar leyendo ese periódico, Enrique?

COMPLEMENTO.—No lo leía, Clarita, estaba imaginando la manera como hubiera compuesto las páginas...

CLARA.—¿Y qué habría hecho?

COMPLEMENTO.—Este artículo fúnebre, lo habría puesto aquí, al pie de los casos de policía; y este anuncio de perfume, lo hubiese colocado a la izquierda, junto a la vida social...

CLARA.—¿Por qué?

COMPLEMENTO.—Para darles cierta armonía a los olores...

CLARA.—¿A los olores?

COMPLEMENTO.—Sí; en un periódico, los olores de las ideas son muy importantes...

CLARA.—Está hoy más bromista que nunca.

COMPLEMENTO.—Hablo muy en serio. Haga usted la experiencia: lea este artículo sobre una defunción, y sentirá el olor a muerto; entérese de esta fiesta religiosa, para que se empape de incienso...

CLARA.—Mil gracias, prefiero los perfumes del jardín: ¿no quiere usted acompañarme? Voy a regar las flores...

COMPLEMENTO.—No, no la acompañe, pero le ruego en cambio que se demore unos minutos...

CLARA.—Con todo gusto.

COMPLEMENTO.—¿Está usted contenta de mí?

CLARA.—Muchísimo.

COMPLEMENTO.—¿No se arrepiente de mi visita?...

CLARA.—Al contrario, le guardo un reconocimiento eterno...

COMPLEMENTO.—Gracias. ¿Qué noticias hay de Ricardo?

CLARA.—Viene el martes.

COMPLEMENTO.—Entonces, me iré el lunes.

CLARA.—¿Por qué?

COMPLEMENTO.—Ese día desaparecerá Enrique Gutiérrez...

CLARA.—Quisiera que Ricardo demorara unos días más...

COMPLEMENTO.—Es usted muy amable, Clara.

CLARA.—¿Me puedo retirar ahora?

COMPLEMENTO.—Hasta luego...

CLARA.—Espero encontrarlo de nuevo aquí, cuando vuelva...

COMPLEMENTO.—Seguramente.

(Sale Clara. Se oye una canción de moda que se acerca. Aparece Blanca.)

BLANCA.—¡Ah! buenos días, no sabía que estaba usted aquí...

COMPLEMENTO.—La esperaba.

BLANCA.—¿A mí?

COMPLEMENTO.—Sí, a usted.

BLANCA.—¿Y cómo sabía que iba a venir ahora?

COMPLEMENTO.—Sé muchas cosas, señorita, y adivino las demás.

BLANCA.—¿Y para qué me esperaba?

COMPLEMENTO.—Deseo hacerle una pregunta...

BLANCA.—Muy bien, le escucho...

COMPLEMENTO.—¿Le agradaría saber que me marcho hoy?

BLANCA.—¿Se va? (Reponiéndose.) Sinceramente, ni me agrada ni me desagrada...

COMPLEMENTO.—¿Le es completamente indiferente?...

BLANCA.—Sí.

COMPLEMENTO.—No.

BLANCA.—Pero ¿qué se está imaginando?

COMPLEMENTO.—¿Imaginando? Nada. Sé que no le es indiferente; por el contrario, le place sobremanera la noticia.

BLANCA.—Exagera...

COMPLEMENTO.—Sea franca. ¿Verdad que le soy profundamente antipático?

BLANCA.—No...

COMPLEMENTO.—Una negación tan poco firme equivale a un sí.

BLANCA.—Usted es un buen amigo de Ricardo... eso basta para que le tenga cierta estimación.

COMPLEMENTO.—Y soy también amigo de Clara... y de Antonio...

BLANCA.—Sí, ha acaparado el cariño y las atenciones de la familia, no se puede quejar.

COMPLEMENTO.—Al contrario, vivo muy agradecido; pero lo que más contento me tiene es el sentimiento que he despertado en usted.

BLANCA.—Yo no pertenezco todavía a la familia... soy amiga de Clara y novia de su hermano; de manera que no debe incluirme en la lista de sus conquistas...

COMPLEMENTO.—¿Conquistas?

BLANCA.—Sí, es la palabra; parece que su oficio fuera coleccionar amistades y simpatías; se precia de ello como un militar de sus triunfos guerreros.

COMPLEMENTO.—La comparación es poco lisonjera; los triunfos constituyen el capítulo más exiguo en la vida de un militar.

BLANCA.—No crea que va a enredarme en una discusión; me ha comprendido, lo sé.

COMPLEMENTO.—Perfectamente. ¿Y nunca ha pensado en que esa repulsión tan viva que le inspiro, ha sido provocada, buscada por mí?

BLANCA.—¿Qué razones tuvo para ello?

COMPLEMENTO.—Dificultar su obra...

BLANCA.—Explíquese, por favor.

COMPLEMENTO.—Don Joaquín Bermúdez tiene una ciega fe en su hijo Ricardo, y si éste ha escogido a la señorita Blanca por novia, es sin duda porque es ella la más perfecta y digna de las mujeres. Se puede suponer hasta qué punto es decisiva la influencia que la prometida de Ricardo ejerce sobre el padre de éste.

BLANCA.—¿Y qué?

COMPLEMENTO.—Don Joaquín Bermúdez es hombre de bien, con un pequeño capital formado gracias al trabajo de muchos años; una excelente persona, pero sin voluntad, y convencido de su propia importancia. Por otra parte, el señor Antonio Enciso, novio de Clara Bermúdez, es un iluso, desea emprender negocios de grande envergadura, y necesita la ayuda económica de su futuro suegro, ya que la que le ofreciera un socio incauto no le es suficiente. ¿Cuál será, me he preguntado yo, la poderosa razón que impulsa a doña Blanca a aconsejar al señor Bermúdez que arriesgue su pequeño haber en el negocio quimérico de Antonio Enciso?

BLANCA.—No entiendo una palabra de su novela...

COMPLEMENTO.—Y si tiene defectos literarios, luce en cambio por su claridad. Su cariño por Ricardo es tan intenso, que está dispuesta a sacrificarlo si el triunfo de Antonio llega antes que el de su novio.

BLANCA.—¿Qué horror! ¿De manera que yo soy la culpable de que don Joaquín invierta su fortuna en el negocio de Antonio?

COMPLEMENTO.—Eso no ha sucedido aún.

BLANCA.—¿Y Clarita? no le ha dicho mil veces a su padre, delante de usted, que apoye la idea de su novio?

COMPLEMENTO.—Sí, pero Clarita está enamorada... y el amor... o la ambición, son las únicas razones que pueden explicar una idea tan descabellada; las únicas razones.

BLANCA.—De donde deduce...

COMPLEMENTO (suavemente).—Que es usted una mujer encantadora... y peligrosa.

BLANCA.—Mil gracias.

COMPLEMENTO.—Son dos cualidades impagables.

BLANCA.—¿Empiezan las galanterías?

COMPLEMENTO.—La más intransigente oposición puede trocarse en atracción irresistible...

BLANCA.—Y espera que...

COMPLEMENTO.—Es usted fascinadora...

BLANCA.—Terminaré por creer que posee un secreto para hacerse simpático.

COMPLEMENTO.—Soy el más fiel amigo de Ricardo.

BLANCA.—No era necesario recordármelo...

COMPLEMENTO.—Me pareció oportuno...

BLANCA.—¿No tiene nada más que decirme...?

COMPLEMENTO.—Sí. También soy gran amigo de Antonio Enciso.

BLANCA.—Eso le interesa a Clarita.

COMPLEMENTO.—Y, por último, deseo ser amigo suyo.

BLANCA.—¿Qué mérito exige para hacerme merecedora de ese honor?

COMPLEMENTO.—Alimentar la repugnancia que le inspiro.

BLANCA.—Mis sentimientos hacia usted no tienen tal intensidad.

COMPLEMENTO.—Es lástima. En todo caso, creo que nos vamos a ayudar mutuamente. Y, antes de que me olvide, no me voy mañana... Permaneceré aquí hasta el lunes.

BLANCA.—Entonces, tendremos tiempo para reanudar esta interesantísima conversación. ¿Clarita está en el jardín?

COMPLEMENTO.—Sí.

BLANCA.—Con su permiso, voy a buscarla.

COMPLEMENTO.—Esta charla que hemos empezado muchas veces, tendrá al fin una terminación favorable para los dos...

BLANCA.—No lo creo, adiós.

(Sale Blanca.—Pausa. Entra doña Alicia.)

ALICIA.—Lindo día, ¿verdad, señor Gutiérrez?

COMPLEMENTO.—Precioso, señora.

ALICIA.—Permanezca sentado; vengo sólo a ver si todo está en orden en este cuarto; las criadas son tan poco amigas del arreglo.

COMPLEMENTO.—¿Sigue usted entregada al eterno oficio de señora hacendosa?

ALICIA.—Como siempre; las mujeres nos casamos para convertirnos en esclavas de la casa.

COMPLEMENTO.—Es una dura tarea.

ALICIA.—¡Ay! usted no se imagina... Estoy tan cansada...

COMPLEMENTO.—Siéntese un momento...

ALICIA.—No, no; me quedan muchas cosas por revisar...

COMPLEMENTO.—No he visto hoy a don Joaquín.

ALICIA.—Salió muy temprano, tenía una cita urgente.

COMPLEMENTO.—Negocios, sin duda...

ALICIA.—Yo no sé... Me intereso muy poco en sus asuntos de trabajo.

COMPLEMENTO (fingiendo distracción).—Sí, sí...

ALICIA.—Me voy, señor Gutiérrez; usted estaba muy distraído con su periódico y yo tengo mucho que hacer...

COMPLEMENTO.—¡Ah!

ALICIA.—Sí, después hablaremos con calma...

COMPLEMENTO.—¿Después...? Sí, sí...

ALICIA.—Porque...

COMPLEMENTO.—Este sillón es el más cómodo, doña Alicia; siéntese usted...

ALICIA.—Imposible.

COMPLEMENTO.—Así, muy bien, ¿no es cierto que es muy cómodo?

ALICIA.—Pero tengo tanto oficio pendiente...

COMPLEMENTO (siempre sin hacerle caso).—Y ahora yo me acomodo en esta butaca, aquí a su lado. Vamos a ver, usted quería...

ALICIA.—¿Yo?

COMPLEMENTO.—Haga un esfuerzo... Estoy seguro de que quería decirme algo...

ALICIA.—Pues...

COMPLEMENTO.—La escucho...

ALICIA.—Señor Gutiérrez: usted es un hombre de mucha experiencia... conoce a fondo los negocios... yo no entiendo de eso... y... (variando bruscamente, decidida) se trata de Antonio; quiero mucho a ese joven y creo que Clarita será feliz a su lado... pero... no sé por qué me parece que tiene impacencias perjudiciales... no se contenta con lo que es.

COMPLEMENTO.—El afán de superación es un móvil muy noble, señora.

ALICIA.—Sí... ¿Por qué no lo aconseja? Podría casarse, y después, poco a poco...

COMPLEMENTO.—En su concepto, ¿soy yo el llamado a darle consejos a Antonio?

ALICIA.—He notado que lo atiende con especial interés... y creí que...

COMPLEMENTO.—¿Me prestaría usted sus canas? Son bellísimas. La única coquetería que le conozco, doña Alicia, es la de sus cabellos. La felicito.

ALICIA.—Señor Gutiérrez, le hablo muy en serio.

COMPLEMENTO.—Y yo también. De las veinticuatro horas del día, ocupo unas quince en pensar en Antonio Enciso. La proporción es alta. ¿no le parece?

ALICIA.—¿Y ya le ha hablado?

COMPLEMENTO.—No, no... (Transición.) ¿Me permite usted ese limpiador? Sobre la mesa han quedado residuos de polvo...

ALICIA.—Ay, estas muchachas nunca hacen bien el oficio. Mire la alfombra... está horrible...

COMPLEMENTO.—¡Y aquel vidrio! ¿Distingue usted desde aquí las manchas que hay en la esquina izquierda?

ALICIA.—Sí, sí, qué horror, da vergüenza...

COMPLEMENTO.—Permitame, la ayudaré a levantarse... es muy cómodo el sillón, ¿eh?

ALICIA.—La entrada al salón está sucísima... voy a traer un cepillo.

COMPLEMENTO.—Hasta luego, señora.

ALICIA.—Vuelvo después.

COMPLEMENTO.—Sí, aquí la espero. No se fatigue usted mucho...

(Sale Alicia. Pausa. Entran del brazo Clara, Blanca y Antonio. Se oyen primero las risas de los tres.)

ANTONIO.—¿El estudioso doctor Gutiérrez da permiso?

COMPLEMENTO.—Qué hermoso trío forman ustedes...

CLARA.—¿Por qué no nos toma una fotografía?

COMPLEMENTO.—Soy enemigo de las imágenes fijas.

BLANCA.—El señor Gutiérrez es un enamorado de la fantasía y de las variaciones.

COMPLEMENTO.—Si usted supiera qué gran verdad ha dicho...

ANTONIO.—Le daré una buena noticia, Enrique: estoy resolviendo el problema de que hablamos ayer; ya le expuse al jefe mis ideas, o, mejor, nuestras ideas, y le han gustado.

COMPLEMENTO.—Cuánto me alegro.

ANTONIO.—He encontrado los datos que me hacían falta. Empezaré esta tarde a redactar el informe. Mañana le traeré todo para que lo discutamos...

COMPLEMENTO.—Y, naturalmente, habrá usted aplazado la presentación de la renuncia...

ANTONIO.—Sí, por unos días, mientras termino ese trabajo...

COMPLEMENTO.—He meditado bastante el asunto; creo que, una vez obtenida la solución, podrán aplicarse los mismos principios a otros problemas graves que dependen de su departamento.

ANTONIO.—Había pensado lo mismo. He pedido a uno de mis compañeros que me elabore un memorándum sobre los casos pendientes...

COMPLEMENTO.—Lo felicito.

CLARA.—¿Van a continuar esa conversación... tan interesante?

COMPLEMENTO.—No. ¿Están muy bellas las flores hoy?

BLANCA.—Preciosas. Clarita, recibí carta de Ricardo.

CLARA.—¿Viene el martes?

BLANCA.—Sí.

CLARA.—Supongo que no habrás faltado a tu promesa de no decirle nada sobre la visita de Enrique...

BLANCA.—No. Pero no me acabo de explicar el afán tuyo...

CLARA.—Nada más natural. Ricardo necesita descanso, trabaja mucho, y si sabe que Enrique está aquí, se viene inmediatamente....

ANTONIO (a Complemento).—Nunca me había puesto a estudiar el asunto con interés.

COMPLEMENTO.—Es mucha lástima; usted está en capacidad de labrarse una gran posición desde el cargo que ocupa, dedicándose a solucionar esos problemas.

ANTONIO.—¿Lo cree así?

COMPLEMENTO.—Estoy seguro de ello. Tiene un talento privilegiado; en realidad, le falta método. Son muy pocas las personas que lo tienen. Piense en las horas que pierde un hombre desorganizado, o que, por querer ocuparse de asuntos diversos, no puede concretarse a uno solo...

ANTONIO.—Quiénes hemos nacido para empresarios, no podemos dedicarnos a una sola cosa sino que debemos estar continuamente produciendo ideas.

COMPLEMENTO.—Ese es el único oficio improductivo. Las ideas no adquieren valor al enunciarlas sino al ponerlas en práctica... dígamele usted a mí...

ANTONIO.—¿Tiene alguna experiencia al respecto?

COMPLEMENTO.—Sí, la adquirí en otros tiempos, antes de organizar mi vida profesional.

ANTONIO.—Quiero explicarle el proyecto de que le he hablado...

COMPLEMENTO.—Diga...

ANTONIO.—Según datos bastante exactos, el rendimiento de la nueva industria, cuyo sistema me permitirá que calle, será fabuloso. En mi concepto, un simple aporte de treinta mil pesos permitiría utilidades bastante altas en dos meses y se doblaría la suma en poco tiempo capitalizando intereses. Una vez fabricado el producto, su distribución podría hacerse por medio de una cooperativa de transportes, y los dueños de los vehículos tendrían que ser igualmente accionistas de la empresa productora, de esta manera... (Complemento ha comenzado a silbar un aire vulgar.) ¿No está poniéndome atención?

COMPLEMENTO.—Sí sí. Los dueños de los vehículos serán accionistas...

ANTONIO.—Es la primera vez que lo oigo silbar...

COMPLEMENTO.—Es una de mis pasiones favoritas...

ANTONIO.—Quisiera ser como usted...